

unieron con los ebionitas y nicolaitas, á lo menos en cuanto á la práctica de la circuncision y observancia del sábado. Los nicolaitas tomaron este nombre de Nicolao, uno de los siete primeros diáconos de Jerusalem, el cual dió márgen á esta heregia con algunas acciones y palabras imprudentes, sin que él mismo fuese herege. Todos estos novadores, tan corrompidos como soberbios, fueron mas conocidos en lo sucesivo bajo el nombre de *gnósticos*, que quiere decir «hombres versados en las cosas de Dios,» nombre que se atribuian con la misma arrogancia con que los sectarios de estos últimos siglos se han llamado reformados por sola la apariencia de reforma que pretendian introducir en la Religion. Reducidos al silencio por largo tiempo con la presencia de los primeros discipulos de Jesucristo, levantaron la frente con audacia luego que faltó un freno tan propio para tenerlos á raya.

Causaron graves perjuicios á la Religion sus máximas y dogmas impíos, porque como todos tomaban el nombre de cristianos, sucedía que los paganos confundian muchas veces á los verdaderos hijos de la Iglesia con estos visionarios disolutos, y por consiguiente formaban del cristianismo la mas desventajosa idea y concebían el odio mas furioso contra los que le profesaban. Tan grande fué la preocupacion que hasta hombres los mas ilustrados llegaron á ensar de los fieles lo mismo que el vulgo.

Plinio II, llamado el jóven, que en su gobierno de Bitinia se encontró habia considerable número de cristianos, se dedicó á observarlos con la mayor atencion, y segun se espresa en la carta que escribió á Trajano, no halló en ellos otra cosa de que culparles, que el reunirse en ciertos dias á cantar las alabanzas de Cristo, y el obligarse á no cometer hurtos, adulterios ni perjurios. Mas esto, no obstante, los condenaba

á muerte cuando eran delatados y perseveraban en su Religion.

Esta inconsecuencia tiránica la habia prescrito el emperador. Una de las mas antiguas leyes de los romanos prohibia rendir culto á ningun Dios que no hubiese recibido su investidura, digámoslo asi, del orgulloso Senado que se apropiaba el derecho de elegir los dioses del mismo modo que los reyes. No habia sido puesto Jesucristo en el número de los dioses de Roma, aunque lo propuso Tiberio; y aunque ninguno de sus sucesores habia perseguido á los fieles con el solo pretexto de su Religion, Trajano queria ostentar un celo mas ardiente. Habia prohibido ademas en todos los pueblos las asambleas extraordinarias, y calificaba de delito en los cristianos el reunirse para celebrar las divinas alabanzas. No obstante, en vista de la carta de Plinio, mandó que no se denunciase á ningun cristiano por el solo hecho de serlo; lo cual no estorbó al pueblo ni á los magistrados el inventar nuevos artificios contra la constancia ingénua de los fieles, y se vieron entonces en muchas provincias algunas persecuciones violentas, aunque de corta duracion; y aun hubo mártires sentenciados por el mismo emperador en persona.

Uno de estos fué Ignacio, obispo de Antioquia, que sucedió á Evodio, establecido en aquella silla por el Príncipe de los Apóstoles. Gobernaba ya por espacio de cuarenta años con la mayor edificacion aquella grey, á la cual supo conservar sana y salva durante la rigurosa persecucion de Domiciano. Era conocido el mérito de Ignacio, y desde su iglesia tenia grande influjo en todo el Oriente, y con su autoridad precavia á todas las sociedades cristianas de aquellas provincias contra las tentativas de los falsos hermanos. Pero al mismo tiempo que se hallaba colmado de gloria, tenia de

si mismo el mas bajo concepto y se reputaba indigno del martirio que era el blanco de todos sus deseos desde el momento de su conversion, y con especialidad desde que con sus exhortaciones animó á una multitud de confesores á padecerle durante dos persecuciones consecutivas.

Trajano, despues de haber vencido á los dacios y á otros bárbaros del Norte, quiso tambien triunfar de los partos, á cuyo fin se encaminó al Oriente en el año octavo de su reinado, que corresponde al 106 de Jesucristo. Sabiendo Ignacio el respeto del emperador á los dioses, cuyo auxilio imploraba en tan critica expedicion, temia que fuese inquietada su iglesia, una de las mas célebres del imperio, desde la cual se habia difundido por todas las demas el nombre cristiano. El caritativo pastor, en el instante en que Trajano entró en Antioquia, tomó la resolucion de sacrificarse él mismo para preservar sus ovejas; persuadiéndose de que aquel príncipe naturalmente humano se creeria asegurado con privar á los cristianos de su pastor y cabeza, y seria despues indulgente con ellos el corto tiempo que permaneciese en Siria. Poseido de este pensamiento, no quiso huir ni ocultarse, y como la fama de su nombre no tardó en llegar á los oídos del emperador, le mandó este comparecer en su presencia.

Luego que se presentó el obispo, le dijo el emperador con un tono indigno de la magestad imperial y de su carácter humano: «¿con que eres tú, infeliz, el que semejante á un demonio maligno, engañas á los ciudadanos y los conduces á su perdicion haciendo que no obedezcan mis órdenes?» Ignacio le respondió: «nadie hasta ahora ha llamado demonio á Teóforo, que pone en fuga á los diablos, á imitacion de todos los verdaderos siervos de Dios; pero si me dais el nombre de demonio maligno, porque soy intolerable con los demonios, yo

me gloriaré con ese dictado. Los cristianos disipamos todos los prestigios del infierno por la virtud de Jesucristo, á quien llevo en mi corazon, aunque está en lo mas alto de los cielos.»—«¿Y quién es ese Teóforo?» replicó Trajano.—Ignacio, á quien daban este nombre tan conforme al fervor de su fé y de su caridad, contestó al soberano: «Teóforo es el que tiene en su corazon á Jesucristo, verdadero Hijo de Dios.»—«¿Y te persuades, le dijo el príncipe, que nosotros no sentimos tambien en nuestras almas el impulso de las grandes divinidades que nos hacen vencer á nuestros enemigos?»—«Es un error muy pernicioso, respondió el Santo, venerar como dioses á los demonios que han divinizado los griegos. No hay mas que un Dios que crió el cielo y la tierra, y Jesucristo es su Hijo único.»—«¿Jesucristo, replicó Trajano, aquel que fué crucificado en Jerusalem por sentencia de Poncio Pilato?»—«El mismo, dijo Ignacio, pero fueron con él crucificados el pecado y el demonio, autor del pecado.»—«¿Luego tú te glorias de llevar al Crucificado en tu corazon?» le respondió Trajano.—«Me tengo por muy dichoso, repuso Ignacio, en ser contado en el número de los hombres de quienes está escrito en los libros divinos: *Yo habitaré en medio de ellos y descansaré en su corazon.*»

Trajano no podia imponerse mas exactamente en la creencia y en la constancia del acusado; y la estension de este coloquio es una prueba de que la libertad del Doctor de los cristianos no habia ofendido á aquel príncipe filósofo (1). Sin embargo, era necesario dar cima á este negocio, de tal modo, que no se creyese que habia obrado con ligereza el soberano; y creyó no hallar mas arbitrio que pronunciar la sentencia en estos términos: *Mandamos que Ignacio, que*

(1) Act. Ignat.

se gloria de llevar en su corazón al Crucificado, sea cargado de cadenas y conducido á la gran ciudad de Roma, para que sirva de espectáculo al pueblo y de pasto á las fieras. Acostumbrábase á enviar á la capital los reos mas famosos de las provincias; y como los cristianos metian ya mucho ruido en el imperio, se consideró persona de importancia al superior que tenian en la capital del Oriente. Cuando Ignacio oyó la sentencia, exclamó: «gracias os doy, Dios mio, de que os hayais dignado concederme el mismo honor que á vuestros Santos Apóstoles, haciéndome participe de sus trabajos.» Oró brevemente por su Iglesia, y presentó sus manos á los soldados para que las cargasen de cadenas.

Conducido á Seleucia para hacerse á la vela, pasó desde allí á Esmirna, navegando con lentitud y con muchas incomodidades por las costas del Asia menor. Padeció tanto en el resto del camino, y se aunaron tan dolorosas circunstancias en el viage, que en cierto modo fueron mas crueles los preparativos del sacrificio que el sacrificio mismo. Los principes de las tinieblas parece que se complacian en arrancar á los primeros pastores del seno de sus hermanos y de sus hijos en Cristo, para que los unos y los otros careciesen de las grandes utilidades que les proporcionaban sus mútuos auxilios. Entregaron á Ignacio á la guardia de diez soldados, por cuya ferocidad y barbarie los miraba, á pesar de su heróica paciencia, como á otros tantos leopardos. Acompañáronle sin embargo de esto tres de sus discípulos, Reus, Agatópedes de Siria, y Filon, diácono de Cilicia; y otros muchos fieles del Oriente, emprendiendo un camino mas corto, corrieron á esperarle á Roma. Se cree que Agatópedes y Filon escribieron las actas de su martirio.

En Esmirna tuvo el consuelo de ver á San Policarpo, obispo de aquella ciudad, que habia sido discípulo de San Juan. Los de-

mas Pastores de las iglesias vecinas acudieron presurosos á tributarle sus homenajes como si le condujeran á un triunfo. Los mas conocidos son Onesimo de Éfeso, Damas de Magnesia, y Polibio de Tralles, que acudieron en nombre suyo y en el de los fieles de todos aquellos distritos. Sabemos estas circunstancias por las tres excelentes cartas en que el santo confesor muestra su gratitud á estos pueblos, y que es uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad sagrada. A pesar de que las impresiones de la gracia se hacen mas sensibles en las cartas de San Ignacio que las reglas de la retórica y gramática, no deja de encontrarse en ellas elevacion, nervio y hermosura; pero sus pensamientos son tan profundos que para penetrarlos es necesario meditarlos mucho. Este carácter de su estilo, el énfasis y abundancia de los epítetos, y la proligidad oriental de los exordios y títulos, hacen creer que San Ignacio fué originario de Siria y no de Grecia. En todos sus escritos muestra un estremo horror á las doctrinas singulares y á las discordias; recomienda con especialidad el respeto á los escritos y tradiciones apostólicas, y habla en términos tan enérgicos y exactos de la veneracion debida al carácter apostólico ó episcopal, que parecen dictados para confundir á los acéfalos de todas las edades, esto es, á los sectarios que carecen del episcopado y del verdadero sacerdocio; razon por la cual algunos de ellos (los mas oscuros y desmentidos por sus sábios) han pretendido poner en duda en estos últimos siglos la autenticidad de estas Epístolas tan justa y constantemente veneradas. Pero si el espíritu de partido y de preocupacion produjo este efecto en algunos criticos de inferior clase, los doctores mas célebres de todas las sectas confiesan que despues de la Sagrada Escritura no hay en la antigüedad cosa mas res-

petable que las siete cartas escritas por este Santo mártir durante el curso de su viage.

En Esmirna, donde le obligaron á detenerse, encontró algunos fieles de Éfeso que iban á Roma en derecha y habian de llegar antes que él, y les dió para la Iglesia romana aquella preciosa carta tan admirada todavía por la nobleza de sentimientos que respira, por el espíritu de fé y de fervor, por la humildad mas profunda, y sobre todo por el deseo ardiente y en cierta manera apasionado de padecer el martirio. Ruega á sus hermanos de Roma, que no pongan obstáculos á su felicidad (1), nombre que dá á su muerte; porque teme que á fuerza de dinero ó de ruegos aplaquen al pueblo, ó que por la virtud de sus oraciones despojen á las bestias del anfiteatro de su ferocidad natural, como habia acontecido con otros muchos confesores. Despues, por un espíritu de humildad que puso el sello á todas las demas virtudes que le adornaban, se precave á sí mismo contra la inconstancia de las voluntades humanas, y les dice: «Si por desgracia yo os manifestase menos valor, cuando me halle en medio de vosotros, no escuchéis de ningun modo la voz de mi flaqueza, y conformaos invariablemente con lo que ahora os pido, despues de bien pensado y despues de escrito despacio.» Y para persuadirles con motivos capaces de obligarlos á segundar sus deseos, «he reconocido, añade, que todas las ventajas de la vida no lo serian para mí: este es mi pensamiento y esta mi inclinacion, de la cual solo me apartaria por un movimiento ciego de espanto y cobardia, que desde ahora detesto. Quanto mas lo reflexiono, mas me persuado que es mucho mejor morir en Jesucristo que reinar sobre

todo el universo, y vosotros mismos no lo negareis.»

El Santo salió de Esmirna y llegó al puerto de Troado en las riberas del Helesponto. Allí le informaron del buen efecto que habian causado las oraciones que encargó á todos los fieles por la iglesia de Antioquia. Las discordias y la persecucion, fomentada mas por los falsos hermanos que por la malignidad de los paganos, habian cesado en ella de todo punto. Llenáronle de alegría estas noticias, y nada fué ya capaz de aminorar la idea de la felicidad perfecta que cifraba en su cercana muerte. Escribió sobre este particular á los fieles de Filadelfia y Esmirna, suplicándoles al mismo tiempo enviasen algunos de sus hermanos á Antioquia para el consuelo de aquellas sus ovejas. Acostumbrábase entonces enviar estas diputaciones de unas iglesias á otras, y ejecutábase esto con una caridad y prontitud que admiraba á los mismos infieles, como se nota por los escritos de Luciano. La Epístola á los de Filadelfia da á su obispo (que fué uno de los que visitaron á San Ignacio en el curso de su viage) un testimonio digno de la idea que conservamos de la virtud de aquellos primeros Pastores.

La Epístola al santo obispo de Esmirna, á quien escribió particularmente, aunque habia dirigido otra carta á su iglesia, retrata á Policarpo, discípulo inmediato de los Apóstoles, con colores mas hermosos que á todos los demas obispos. Pone en él su principal confianza San Ignacio, y le recomienda no solo su iglesia de Antioquia, sino todas las del Asia, de las cuales se muestra agradecido hasta el último suspiro. Exhortale á que las escriba y consuele en su ausencia, porque le obligaban á marchar precipitadamente; y con efecto, le hicieron luego salir de Troade, y fué despues á desembarcar á Nápoles de Macedonia, desde donde pasó inmediatamente á Filipos.

(1) Ep. ad Rom. núm. 1 y sig.

En el corto tiempo que el santo confesor permaneció con los de Filipos les inspiró tanta admiración de su doctrina que enviaron diputados á Policarpo, así para que les diese copia de la carta que había recibido de Ignacio, como para recoger por su medio todas las demas que este ilustre doctor hubiese escrito, pues no les cabia duda de que como tan antiguo y constante amigo del santo obispo de Antioquia poseeria sus escritos ó á lo menos noticia de ellos. Tales eran en aquellos felices tiempos el hambre y sed de la justicia tan recomendadas por el Salvador. Pudo con efecto San Policarpo satisfacer el deseo de los filipenses, y de este modo se ha conservado hasta nuestro tiempo esta parte tan preciosa de la antigua tradición. Fueron tan respetadas las cartas de San Ignacio que por espacio de mucho tiempo se leían en la Iglesia como las de los Apóstoles.

A pesar de que se han atribuido otras muchas cartas á este Santo mártir, solo merecen contarse por auténticas las siete que hemos referido, y aun estas por la infidelidad ó descuido de los copiantes permanecieron largo tiempo con notables alteraciones. Pero al fin recobraron su pureza de un modo tanto menos sospechoso á los enemigos del catolicismo, cuanto que esto se debe á dos doctores protestantes, no obstante de que ellas dan tantas armas en favor de la perpetuidad de la fé sobre el Sacramento del Orden y sobre otros puntos no menos combatidos por las sectas modernas. Descubiertas por Userio en Inglaterra dos copias de una antigua traduccion latina de estas Epístolas, y por Isaac Wosio un manuscrito griego en la biblioteca de Florencia, se encontró el testo original en un todo conforme á la version británica y á las citas de San Ignacio hechas por los antiguos.

Desde Filipos condujeron á este santo obispo por tierra hasta la ciudad de Durazo,

situada en la costa del mar Adriático. Embarcóse allí, tomó el rumbo por el mar de Toscana, y secundando el viento los deseos del mártir, aportó en pocos dias á la embocadura del Tiber. Contrastaban en extremo las disposiciones de Ignacio con las de sus compañeros de viaje y las de todos los fieles. Luego que los de Roma tuvieron el primer aviso de su llegada, salieron á recibirle y mostraron muchísimo regocijo de verle; pero en breve no pudieron contener sus lágrimas y suspiros al considerar que solo le recibían para perderle muy luego. El Santo se esforzó en consolarlos y animarlos, como si ellos fueran los que habían de padecer. Reprendió con viveza á algunos que consultando solo su cariño proponían ganar al pueblo idólatra, á fin de que desde el anfiteatro pidiera se conservase la vida de este anciano venerable, como lo había hecho con otros. Amonestó estrechamente á todos á que le profesasen un amor menos mundano y mas ilustrado, y que no le arrebatasen la corona en el mismo instante de conseguirla. Díjoles de viva voz mucho mas de lo que les había escrito desde Esmirna, y sin dejarles tiempo para salir de su admiración se hincó de rodillas en medio de ellos, rogó por la prosperidad de la Iglesia y el fin de la persecucion, y por la caridad fraterna que tantos motivos particulares tenia para apreciar debidamente, y levantándose despues con ligereza siguió á sus guardias, marchó á paso acelerado y llegó al anfiteatro.

Apenas entró en él oyó á los leones que daban espantosos rugidos; mas la proximidad del peligro no aminoró la fortaleza y ardor del santo mártir; antes por el contrario, su semblante y desembarazo anunciaban una tranquilidad y alegría modesta y apacible, que sin desafiar á la muerte la despreciaba. No tuvo que esperarla mucho tiempo, pues en un momento le devoraron los leones sin quedar apenas reliquia de su cuerpo. Esto

es lo que había pedido á Dios, comparándose en su oracion al trigo que debía molerse en los dientes de las fieras, para llegar á ser un pan digno de incorporarse con Cristo; y así solo se hallaron sus principales huesos, que fueron llevados á su iglesia. Acaeció este martirio el dia 20 de diciembre del año 107, en que se celebraba la fiesta llamada por los romanos *Sigillaria* (1), con motivo de la cual fué el Santo dado en espectáculo al pueblo. «Nosotros, dicen los escritores de sus actas (a), estuvimos presentes á esta muerte heroica; pero no pudimos menos de verter un torrente de lágrimas, pidiendo toda la noche al Señor que sostuviese nuestra debilidad.»

Al santo mártir sucedió Heron en la Silla de Antioquia, de donde era diácono, y la ocupó por espacio de veinte años. Al tiempo de su eleccion ocupaba aun la Cátedra de San Pedro San Evaristo, sucesor del Papa San Anacleto, á quien algunos autores eclesiásticos atribuyen el establecimiento de las parroquias de Roma. A San Evaristo sucedió San Alejandro, á este San Sixto, y á San Sixto San Telesforo, que murió mártir, segun lo afirma espresamente San Ireneo. Aunque este orden de sucesiones es cierto, se ignora el tiempo que vivió cada uno de estos Santos Papas.

En la iglesia de Jerusalem hallamos una série de seis obispos en el espacio de trece años, é ignoramos tambien las épocas de cada uno. Nada demuestra mas claramente el carácter de la persecucion de Trajano que esta rápida mudanza de Pastores, porque el emperador por humanidad ó por política, al paso que perdonaba al pueblo,

descargaba con mas crueldad sus golpes contra los primeros prelados y jefes de las asambleas religiosas. Pertenece á esta misma persecucion el martirio de San Onesimo, obispo de Éfeso y discípulo de San Pablo.

Aunque es cierto que la Iglesia fué perseguida con mas furor en las provincias Orientales, donde se hallaba el emperador, no por eso dejaron las demas de producir muchos mártires (a). Acaeció por este tiempo la muerte de San Crescencio, discípulo de los Apóstoles y martirizado en

(a) Algunos modernos se han empeñado en sostener que en tiempo de Trajano no fueron perseguidos por su Religion los discípulos de Jesucristo, y que son apócrifas las cartas que le dirigió Plinio sobre este punto; pero lo cierto es que Trajano dejó por algun tiempo en vigor las leyes de sus antecesores, y que no dejaron de ser martirizados algunos. Y á la verdad, si así no fuera ¿á qué fin le hubiera echado en cara Tertuliano su injusticia en aquel célebre argumento de su famosa Apologia: «Si son culpados, ¿por qué no los mandas buscar? Y si son inocentes, ¿por qué mandas los castiguen?» Sin embargo, estamos muy distantes de decir que Trajano hubiese martirizado á muchos en nuestra España, ó á lo menos á tantos como pretenden los falsos Cronicones y sus comentadores.—Tampoco negamos por esto que hubiese en nuestra España muchos varones ilustres en santidad y doctrina, que merecieron se escribieran sus nombres en el libro de la vida mediante los tormentos y el martirio, no solo reinando Trajano, sino cuando Adriano gobernaba el Imperio; pues si bien este emperador manifestó al principio alguna moderacion, se convirtió despues en tan estremado furor que hasta quería se perdiera la memoria del lugar en donde fué muerto y sepultado Jesucristo.

El Pontífice Gregorio VII, asegura que los siete discípulos de Santiago, enviados desde Roma por San Pedro con el carácter de obispos, fueron los primeros que esparciendo por España la doctrina de Jesucristo fundaron con su sangre las iglesias de que ya hemos hablado en las notas anteriores. Es sin embargo bastante difícil establecer el origen y orden gerárquico de las iglesias españolas, hasta que en tiempo del célebre concilio Niceno, Osio, obispo de Córdoba, legado de la Silla romana que San Silvestre ocupaba, y presidente en el mismo concilio, sin duda solicitó y logró se fijara el orden de algunas Sillas, dividiéndolas segun el orden civil que conservaban; mas esto no obstante, la division de provincias eclesiásticas atribuida al tiempo del Grande Constantino que mandó juntar el Sínodo de Nicea, se tiene por apócrifa. Pero no siendo fácil tratar de punto de tanta importancia en unas breves notas, puede verse el P. M. Florez en su *España Sagrada*, tomo 4, donde discute largamente y con mucha critica todo cuanto en esta materia pueda interesar á los lectores.

(N. del E.)

(1) Macrob. lib. 1, Sat. cap. 10.

(a) Fueron Filon, diácono de Cilicia, y Agatópolis de Siria, que segun dice mas arriba Berault, habían acompañado al santo mártir á Roma; y ellos tambien llevaron despues sus reliquias á Antioquia.

(N. del E.)